

y reconfortante. Toda vida humana vibra entre estos dos polos en una variedad infinita de oscilaciones.

Permitid que me sponga en una sociedad libre. Seguramente tendré ocupaciones diversas, manuales o intelectuales, que exigirán fuerza o habilidad. Sería muy monótono si los tres o cuatro grupos a que me asociara libremente (pues espero que para entonces ya no habrá sindicatos) estuviesen organizados exactamente del mismo modo. Yo pienso que el comunismo se manifestará bajo aspectos diferentes. ¿No puede darse el caso de que me cansé y que sienta el deseo de un período de aislamiento relativo, de individualismo? En este supuesto me dirigiré hacia una de las numerosas formas de individualismo basadas en la igualdad de cambios. Tal vez en la juventud se adopte una forma y en la vejez otra. Los productores medianos podrían continuar trabajando en sus grupos, los más hábiles podrían no tener paciencia y dejar de trabajar en compañía de principiantes, a no ser que un temperamento muy altruista les llevara a ser institutores o consejeros de los más jóvenes. Por mi parte, presumo que, para comenzar, haría comunismo con mis amigos e individualismo con los extraños y regularía mi vida ulterior a tenor de mis experiencias.

Facultad de pasar fácilmente y libremente de una variedad de comunismo a otra, y después a no importa también cual otra variedad de individualismo; éste sería el rasgo esencial, la característica de una sociedad realmente libre. Y si un grupo de hombres intentara oponerse, procurando imponer el predominio de un sistema particular, serían tan rudamente combatidos como lo es el actual régimen por los revolucionarios actuales.

¿Por qué, en este caso, dividir el anarquismo en dos campos hostiles, comunista e individualista? Hago de esto responsable al elemento de imperfección inherente a la naturaleza humana. Es absolutamente natural que el comunismo agrade más a unos y el individualismo a otros. Partiendo de aquí, cada campo ha desarrollado sus hipótesis económicas con mucho ardor y una convicción encarnizada; después, estimulados por la oposición del campo contrario, ha llegado a considerar su hipótesis como solución única y se ha aferrado a ella a despecho de todas las objeciones. De ahí que las teorías individualistas hacen un siglo y las teorías comunistas o colectivistas hacen medio siglo, hayan acumulado una fijez, una certidumbre, una permanencia aparentes que no debían de haber alcanzado, puesto que el estancamiento, y esta es la palabra, es la tumba del progreso. Apenas si se ha intentado un esfuerzo para conciliar las diferencias de escuela. Ambas tendencias han tenido, por consiguiente, tiempo más que suficiente para crecer, florecer y generalizarse.

¿Y todo esto, con qué resultado? Ninguna de ambas tendencias ha podido vencer a su contraria. En todas partes donde se encuentran comunistas, surgen individualistas de su seno, y hasta el presente ninguna oleada individualista ha conseguido sumergir la fortaleza comunista. Y mientras la aversión o la enemistad reinan entre seres de tal modo afines intelectualmente, estamos viendo que el comunismo anarquista se va borrando ante el avance del sindicalismo e incluso se compromete más o menos aceptando la solución sindicalista como un estadio intermedio casi inevitable. Por otra parte, vemos a los individualistas que recaen en los errores burgueses, o poco les falta.

Este estado de cosas se produce en unos momentos en que las fechorías de la autoridad y la acción absorbente del Estado nos darían ocasión más que propicia para desarrollar una acción más vasta y una propaganda fundamentalmente anarquista exenta de toda mezcolanza.

Las cosas han llegado hasta el extremo de que un Congreso anarquista comunista celebrado en París en 1913, estigmatizó deliberadamente el individualismo y lo excluyó del anarquismo por medio de una votación formal. Si algún día un Congreso anarquista internacional se efectuara sobre estas bases, adoptando semejante actitud, sería cuestión de despedirse de todas las esperanzas puestas en esta especie de anarquismo sectario.

No pretendo combatir, entendiéndose bien, ni el Comunismo ni el Individualismo. Por mi parte, veo un gran bien en el comunismo, pero el temor de que se generalice es lo que me hace protestar. De antemano no quiero atar mi porvenir, y con mayor motivo el porvenir ajeno. Por lo que me concierne personalmente, la cuestión está por resolver; la experiencia dirá cuáles han de ser las soluciones extremas y cuáles las intermedias, tan numerosas, que mejor se adapten a cada circunstancia y a cada momento. El anarquismo me es demasiado grato para que yo quiera verlo depender de una hipótesis económica, por plausible que sea actualmente. Jamás podrán satisfacerme las fórmulas únicas y si cada uno es libre de poseer y de propagar sus ideas preferidas, es a condición de que comprenda que no puede exponerlas sino a título de hipótesis. Ahora bien, todos sabemos que la literatura anarquista comunista y anarquista individualista están lejos de mantenerse en estos límites. Bajo este aspecto, todos hemos faltado y tenemos una parte de culpa.

En las líneas que preceden me he servido de los términos «comunista» e «individualista» en un sentido general, deseando demostrar la nocividad y la inutilidad de una exclusividad separadora. Si hay individualistas que han dicho y hecho absurdos (son impecables los comunistas?), su exposición no sería refutarme. Mi deseo es ver a los que se rebelan contra los ma-

nejos de la Autoridad, obrar bajo un plan de inteligencia general en lugar de fraccionarse en pequeñas capillitas creyendo cada una estar segura de que posee una solución económica exacta del problema social.

Para combatir la autoridad dominante en el sistema capitalista actual o que dominará en un régimen socialista o sindicalista, o en los dos o en los tres asociados, es absolutamente indispensable que se produzca un inmenso movimiento, verdaderamente anarquista, y esto antes de plantear la cuestión de los remedios económicos. Si se reconoce esto se producirá una vasta esfera de solidaridad. El Comunismo saldría beneficiado y su brillo sería muy diferente del que tiene actualmente tomándolo prestado de los rayos de la actividad de la masa sindicalista, mientras que su propia luz, como la de una estrella que se apaga, vacila y palidece gradualmente.

MAX NETTLAU

La Internacional anarquista

Pauta para su rápida organización

I. La situación.—La burguesía llamada liberal, revolucionaria un tiempo, cuando se trataba de arrebatar a la nobleza y al clero sus riquezas y privilegios, trata hoy—¡fijos bien, compañeros!—de organizar una poderosa Liga o Asociación Internacional compuesta, no por los pueblos, no por las naciones, sino por los rapaces buitres de la Banca y de la finanza, por los representantes de los tiranos y tiranuelos del taller y de la fábrica, por los mercachiles especuladores del hambre y de la miseria, por los delatadores de la tierra y de las minas y por los ambiciosos explotadores del mar y de las vías de comunicación, a fin, según dicen ellos y la prensa que les correa, de mantener el orden internacional y oponerse a los futuros ataques de la Revolución. Ya sabemos lo que significa el orden burgués; millones de veces hemos tenido ocasión de sentir sus efectos. Tampoco desconocemos lo que la palabra revolución significa en boca de la burguesía. Conviene estar preparados. Los que un tiempo fueron revolucionarios, los que se valieron de la revolución para elevarse a la posición que hoy ocupan a espaldas del pueblo, viendo amenazados sus privilegios, esos privilegios que ellos antes habían robado, tratan ahora de unirse para oponer un dique de fuerza poderosa a la ola revolucionaria que amenaza hundirlos por el mismo procedimiento de que antes ellos se valieron. Es preciso, pues, compañeros, que estemos prevenidos, que no nos durmamos. Creado ese poderoso organismo internacional burgués, su fuerza será evidentemente extraordinaria y esa fuerza, naturalmente, está destinada a dirigirse contra nosotros. El representante de la peor de las burguesías, de la íscua burguesía de los trusts, lo dijo bien claro en el último de sus discursos con motivo del fin de la guerra, de esta última guerra criminal y sangrienta, por la ambición y el orgullo de los grandes y poderosos desecadenada.

II. Necesidad de la unión.—¿Qué hacer? Si permaneciéramos aislados unos de otros, sin la estrecha solidaridad que a todos, como hermanos en aspiraciones y en ideas, debe unírnos, la burguesía lograría el fin que se propone; exterminaría la Revolución a fin de poder explotar a sus esclavos impunemente y cometer sus tropelías, sus robos y sus injusticias sin que se le ponga delante ningún obstáculo. Pero si nos unimos, si por encima de las patrias y de las fronteras también nosotros constituimos nuestra liga internacional, mucho más sólida que la burguesía, pues no tenemos como ellos intereses contrarios que puedan desunirnos, entonces nuestro poder será inquebrantable, nuestra fuerza invencible, y por mucho que todos los poderes burgueses se empeñen, no podrán ahogar las vehementes aspiraciones de justicia y libertad de los hombres de corazón que movidos por grandes ideales de redención luchan por el bien y la verdad en contra de toda explotación y de toda tiranía.

Precisa nuestra unión. Es de urgencia nuestra unión, si no queremos ser vencidos. Dejemos a un lado pequeñas discusiones que podrían separarnos. Unámonos, demos un estrecho abrazo a fin de que no triunfen ni ahora ni nunca nuestros odiados y aborrecibles enemigos.

III. Cómo debemos unírnos.—Mas ¿cómo llevar a cabo esta unión? ¿Cómo constituir nuestra Asociación, nuestra «Liga Internacional» en frente de la liga internacional burguesa. De una manera muy sencilla, para la que sólo se necesita buena voluntad; de una manera muy sencilla, pero del todo diferente de la hasta ahora empleada por nuestros enemigos. Nuestra asociación debe ser totalmente idéntica, dentro de lo posible, al fin que nos proponemos. Los amantes de la libertad no podemos imitar en nuestra unión a los amantes y servidores de la tiranía. Así nuestra asociación ha de tener por base la libertad individual; centro de nuestra unión todas las iniciativas particulares deben tener amplio desarrollo. Ni jefes ni centralismos. Individuos libres unidos libremente en grupos de afinidad, también libremente federados. Para esta gran confederación universal así constituida, líjase bien, compañeros, no hay necesidad ni de organismo central director ni de burocracia de ningún género. La más amplia libertad debe presidir la formación de los grupos y lo mismo la federación de estos grupos entre sí. Ni siquiera para los acuerdos a tomar hace falta que nos apoyemos en el sufragio o en la votación. Veréis cómo: suponed que formados varios grupos, compuestos cada uno por cierto número de individuos, estos grupos están federados entre sí. Un grupo o individuo cualquiera tiene una iniciativa, para el desarrollo de la cual necesita el apoyo y la ayuda de los demás grupos. A este efecto, en los periódicos o en una hoja volante especial, o por otro medio cualquiera, extiende la convocatoria a la reunión con los asuntos a tratar. Los diferentes grupos interesados o invitados discuten estos asuntos, y con los acuerdos tomados, sin aprobaciones o desaprobaciones de mayorías ni de minorías, se acude a la reunión convocada. El grupo o el compañero que no esté conforme con los acuerdos tomados, es libre de aceptarlos o no, dejando en esta parte a cada uno con su derecho sin violar intereses de ningún género y sin dar lugar a resentimientos ni motivos de división de ninguna clase.

IV. Labor a realizar.—Constitución de los grupos y relaciones internacionales.—Entendiéndose esto, constituidos los grupos de afi-

nidad con arreglo al fin que cada grupo se propone, la labor a realizar es muy grande (grupos pro cultura, pro ciencia, pro arte, pro prensa, etc.) Los afiliados a cada grupo deben llevar algo que los distinga a fin de conocerse con los compañeros de los demás grupos. El número de individuos de cada grupo no debe ser muy grande a fin de poderse reunir en cualquier parte y dentro de los grupos los individuos deben gozar igualdad de derechos, presidido en ellos la sinceridad, a fin de conocerse mutuamente y evitar la intrusión entre ellos de elementos políticos, o Jesuiticos con fines malévolos. Respecto a si los grupos han de ser públicos o secretos, dependerá de las circunstancias que hayan determinado su constitución, así como de la mayor o menor libertad que gocen las ideas en la localidad donde estos se formen. Como quiera que los fines a perseguir (propaganda, apoyo mutuo, realización de actos culturales, etcétera), son humanitarios, no hay inconveniente en que todo se haga a la luz del día; además, conviene que los actos sean públicos e fin de deshacer la leyenda negra, terrorífica, que la burguesía ha extendido sobre nosotros y sobre nuestras ideas. Sin embargo, allí donde la persecución se manifieste, la constitución debe ser secreta, no siendo este el lugar oportuno para hablar de la formación de estos grupos. Para las relaciones entre los grupos de pueblos diferentes, a fin de que el idioma no sea para ellos un inconveniente, sería bien tener una lengua fácil y práctica con este objeto. Para los pueblos de lengua latina, el francés ofrece pocas dificultades, pero no sucede lo mismo para los otros pueblos; de aquí que por ahora el mejor medio que se nos presenta es el empleo del Esperanto, idioma fácil y sencillo que todo hombre medianamente culto puede aprender en corto espacio de tiempo. Conviendría a este fin grupos pro Esperanto y periódicos internacionales en este idioma que sirvieran como órganos de unión de estos grupos.

V. Reuniones y congresos.—Respecto a los congresos y reuniones de los grupos, convendría de la manera fácil y sencilla que anteriormente dijimos, no deben tener fecha fija ni tiempo determinado, pero conviene que se realicen con mucha frecuencia a fin de poder fraternizar y conocerse mucho mejor todos los compañeros. Los congresos internacionales debiera procurarse celebrar uno por lo menos cada año con este fin. Con el objeto de estrechar más estas relaciones, todos los periódicos deberían tener una sección dedicada especialmente al movimiento social de grupos y compañeros (informes acerca de constitución, reuniones, convocatorias, acuerdos, festivos, concursos, altas y bajas en la asociación, etc.) Además sería conveniente celebrar concursos literarios, científicos, artísticos, etc., con objeto de atender debidamente a la cultura de todos y de cada uno, existiendo así entre los compañeros un intercambio de ideas y de trabajos. Estos actos serían también muy provechosos para la propaganda.

VI. De la propaganda.—Para la propaganda pueden ser aprovechables todos los medios que las circunstancias y la ocasión pongan a nuestro alcance (libros, folletos, periódicos, hojas, manifiestos, latidos, festivales, actos de cultura, funciones de teatro, actos recreativos, artísticos, conferencias, controversias, polémicas, etc.). Sería conveniente que en cada localidad los compañeros constituyeran grupos pro prensa encargados del despacho y venta de periódicos, revistas, libros, folletos, etcétera, a fin de evitar la vida lánguida y pobre que nuestra prensa atraviesa. Todos los periódicos deberían tener suscripciones permanentes pro prensa, para las excursiones de propaganda y la misión que los presos por cuestiones políticas y sociales. También es obra de propaganda y labor muy útil a realizar la creación de centros de estudios sociales, ateneos artísticos, científicos y literarios, círculos de cultura libertaria a fin de poder prepararnos independientemente de la burguesía, elevándonos nosotros por nuestros propios medios. La fundación de escuelas para niños de ambos sexos y de adultos sería de mucho, de muchísimo provecho, para la causa con tal de que tuvieran un carácter racional y pedagógico. La creación de centros de formación del magisterio racionalista y libertario es un fin que debemos perseguir y que si estamos unidos podremos muy bien lograr.

VII. De las colonias anarquistas y la lucha sindical.—Respecto a las colonias o ensayos de práctica de nuestro ideal, no hay inconveniente en que se constituyan. Siempre son buenas algunas ensayos. El procedimiento a seguir con este objeto no se puede determinar. Dependiendo de mil circunstancias, siempre cabe aconsejar la prudencia. El mejor procedimiento es, a mi entender, el de Sebastián Ture en La Ruche, o sea que la colonia empiece a formarse por niños, acostumbrándolos y educándolos para la vida libre y común.

En cuanto a la lucha sindical obrera, es muy conveniente que los compañeros tomen parte en ella, aunque en este asunto deben regirse con muchísima prudencia, no olvidando el significado que para nosotros, los anarquistas tienen los sindicatos obreros. Lo que me atrevere a aconsejar a los compañeros, demasiado entusiasmados muchos de ellos en sus luchas, que no olviden que en todas partes han de dar pruebas de que obran movidos por más grandes ideales que un simple aumento de jornal o una disminución de las horas de trabajo. La labor de los compañeros dentro de los sindicatos debe ser de cultura, y para evitar los desmanes de los políticos que quisieran aprovechar el movimiento obrero para sus fines particulares. No olviden estos buenos compañeros que el anarquismo no es el obrerismo, aunque sí deben trabajar con todas sus fuerzas, porque eso es hacer labor anarquista, por la emancipación económica y moral de los esclavos del trabajo.

Debemos atender preferentemente en todos nuestros actos de acción y propaganda a instruirnos y educarnos, a fin de dar a estos actos el verdadero carácter que deben tener. Evitar entre nosotros todo género de excesos e inhumanidades en que venos manchada la sociedad burguesa y tratar siempre de elevarnos física, intelectual y moralmente, a fin de ser hombres íntegros y poder presentarnos ante todo el mundo como lo que somos: apóstoles de un ideal de redención. Tengan siempre presente este concepto, para todos tan importante y nunca bien repetido: si queremos que la humanidad se eleve y se supere, hemos de elevarnos por elevados y superiores nosotros. Y este otro pensamiento tan hermoso del autor del *Ensayo de un mal sin sanción ni obligación*, Guyau: «Quien no obra como piensa, piensa incompletamente». Así formáremos hombres convencidos y no creyentes; así haremos adeptos capaces de regirse a sí mismos y no rebaños, hombres dispuestos a conquistar su libertad y su emancipación sin esperar nada de una mentida providencia ni de otros hombres.

[Compañeros! Manos a la obra. La unión es la fuerza. La unión individual es de un valor incalculable; mas si esta acción encuentra el apoyo de todos, su valor aumentará considerablemente y sus efectos serán mucho más trascendentales. Vámonos a la unión. No importa el número. Diez, veinte, cien, mil... los que sean, este número aumentará, crecerá cada vez más y lograremos constituir un organismo libertario organizado conforme a nuestros ideales, capaz de hacer frente a ese otro poderoso organismo burgués que, según todas probabilidades, pronto va a constituirse. ¡Preparémonos. La unión urge y no es cuestión de perder el tiempo. Donde haya compañeros formen sus grupos y fedérense a los demás. Manden su adhesión a un grupo cualquiera, (TIERRA Y LIBERTAD, Guerra Social, Acracia, Juventud Acrata, etc.) y sepamos cuantos somos y con qué número contamos. Los compañeros aislados de cualquier localidad también pueden pertenecer si lo desean a la Federación y bagan todo lo posible por la propaganda en la localidad donde habiten. Nada de

reglamentos, nada de leyes; solo consejos que como tales han de tomarse. A aquellos compañeros refractarios a la organización, nada hemos de decirles; continúen en su labor aislada; cuando necesiten nuestro apoyo estamos prontos a prestarlo, pero de ninguna manera veremos bien si vieran de obstaculizar y entorpecimiento a nuestra acción.

Manos a la obra. A realizar nuestra unión internacional conforme a nuestros ideales, para ser fuertes, para ser poderosos y para extender por el mundo nuestro sagrado ideal de justicia y libertad, acalando con toda explotación, con toda iniquidad y con toda tiranía.

Esto cree conveniente aconsejaros un compañero que ardientemente de corazón desea ver a todos trabajar por la implantación de nuestro amado ideal sobre la tierra.

A todos los compañeros que en todo el mundo luchan por la consecución de este ideal envía un fraternal abrazo.

TRENOLFO DIAROT

Madrid 25 noviembre 1918.

Los rebaños

El principio de autoridad imponiendo la obediencia, ha convertido los pueblos en rebaños. La personalidad y la individualidad desaparecen ante la voluntad del pastor. De éste, a su vez, desaparecen las elevadas cualidades morales y se convierte en el ser mediocre de que nos habla Ingegnieros, que en fuerza de manosear a su rebaño se mancha las manos con sus boñigas y degrada el espíritu con sus bajezas. Tales para cuales.

Hemos visto ya en el número anterior lo que es y da de sí el sufragio. Antes de hablar del parlamentarismo que junta en la sacristía laica a los diversos rabanados, es necesario que bagamos desfilan ante los ojos de nuestros lectores los rebaños. No todos, porque nos sería imposible, tan numerosos y variados son. Nos contentaremos con características generales aplicables a todos y cada uno.

Esta presentación no implica, por nuestra parte, odio a las multitudes piaras. No sentimos este especial aristocratismo de algunos literatos reñidos con el espíritu de sociabilidad, ni nos encerramos en ninguna torre de marfil. Antes al contrario, tenemos de este espíritu de sociabilidad el elevado concepto, que llamaríamos pedagógico, del ser consciente de su individualidad que lucha y trabaja para hacer desarrollar y florecer en torno suyo esta misma conciencia y cambiar así la mediocridad del medio, hostil a todas las innovaciones progresivas. Ni idolatrismo a la superioridad ajena, prefiendo, a ser posible, superarla, ni adularismo a la ajena inferioridad, porque no tenemos por qué explotarla ni enmudarnos sobre ella.

Nos adolora, empero, ver a las multitudes tan amorfas, tan ovejunas, tan ciegas, tan bestiales, sumisas, casi diríamos placenteramente, a los prejuicios, rutinarismos y obediencias en que las han educado todos los pastores. Y si dejamos ahora que el látigo de unos pocos escritores restalle, desde nuestras columnas, sobre la cabeza de estos pastores y de aquellas multitudes, es, precisamente, porque, como ellos, sentimos repulsión a todo lo bajo y ruin de esta sociedad que nos ha tocado en desgracia vivir y convivir. Pero nuestro látigo no lleva su aristocratismo más lejos. Nos repugnan los individualismos soberbios reñidos con el principio de la solidaridad humana. Que nos pese o no presentemente, formamos parte de un todo que, aunque demasiado lentamente para nuestros deseos, evoluciona hacia una convivencia social superior y de este todo no podríamos separarnos aunque quiséramos. Con la pira humana, pues, marchamos, pero al margen de ella, cuando la creamos mercedora de la cenusa; entre ella cuando digna de nuestra solidaridad, y contra todos los pastores, porque amamos nuestra individualidad y nuestra libertad. No de otro modo han contribuido en la evolución, en todos los tiempos, los espíritus verdaderamente innovadores y desinteresados de bienes materiales.

Hecha esta salvadad necesaria para que el sectarismo no nos confunda con ciertos individualismos esencialmente burgueses ni con ciertas groseras interpretaciones del comunismo, no nos queda más que dejar la palabra a los que del espíritu rebaño habrán creído desde puntos de vista diferentes, tal vez del nuestro, pero examinados, con todo, a despertar en las masas la conciencia de la dignidad, de la personalidad y de la libertad individuales.

Al burguesismo capitalista imperante le conviene amodorrar a las multitudes para poder tenerlas esclavas en el taller, creyendo en los partidos políticos, sometidas en el cuartel, pasivas en la plaza pública, y como todo esto, necesario para que perduren la explotación y la mandonería del hombre sobre el hombre, no puede constituir el progreso y la evolución social, de ahí que tenga que sucedirse la nodorra del rebaño con las rebeldías intelectuales de los cerebros clarividentes y con el ejemplo de los fuertes caracteres que no se avienen a ser vulgo. Acaso el espíritu de rebaño subsista durante siglos, pero la persistencia de la propaganda acortará esta duración cuanto más intensifique la persuasión despertando los actuales cerebros. La mentalidad, la moral y las costumbres de un pueblo se cambian al precio de esta perseverancia. Ideas, proselitismo, perseverancia, ejemplo individuales: he aquí los factores de las evoluciones colectivas.

¿Área mediterránea? - La política de los piaras

La inmensa masa de los hombres piensa con cabeza de Ingegnio pastor; no entendería el idioma de quien le explicara la evolución del universo o de la vida. Sus rutinas y sus prejuicios parecen eternamente invariables; su obtusa imaginación no concibe perfecciones pasadas ni venideras; el estrecho horizonte de su experiencia constituye el límite forzoso de su mente. No puede formarse un ideal. Encontrará en los ajenos una cilisa capaz de encender su fanatismo; será sectario, puede serlo. Nunca será idealista; es imposible. Y no advertirá siquiera la ironía de cuantos le invitan a arrebaharse en nombre de ideales que pueden servir, no comprender. Todo ideal, seguido por muchos, sólo es pensado por pocos visionarios que son sus amos. Para concebir una perfección es indispensable cierta cultura. Los hombres bastos pueden tener fanatismos, ideales jamás. Viven de dogmas que otros les imponen, esclavos de fórmulas invariables, paralizados por la herrumbre del tiempo; enemigos naturales de todo amanecer y de toda cumbre. Individualmente son hombres que no existen. No inspiran simpatías ni rencores acentuados. No admiran ni espantan. Sería difícil decir que son más, si inútiles o inofensivos. Aisladamente no obstar a los caracteres originales; su existencia pasa inadvertida. Cruzan el mundo como sombras insubstanciales, temiendo que alguien pueda reprocharles esa osadía de existir en vano, como contrabandistas de la vida.

Y lo son. Aunque los hombres carecemos de misión trascendental sobre la tierra, en cuya superficie vivimos por igual motivo que la rosa y el gusano, es necesario que algún ideal ennoblezca nuestra existencia; los más altos placeres son inherentes a proponerse una perfección y perseguirla. Las existencias vegetativas no tienen biografía; no vive el que no deja rastros en las cosas o en los espíritus. La vida sólo vale por el uso que de ella hacemos, por las obras que realizamos. No ha vivido más el que cuenta más años, sino el que ha sentido mejor algún ideal; las canas denuncian la vejez, pero no dicen cuanto juventud la precedió. La medida justa del hombre está en la duración de sus obras; la inmortalidad es el privilegio de quienes las hacen sobrevivientes a los siglos, y por ellas se mide. El poder que se maneja, los favores que se mendigan, el dinero que se amasa, las dignidades que

se consiguen, tienen cierto efímero valor para los apetitos del mediocre. Pero hay algo que embellece los placeres y califica la vida del idealista: la afirmación de la propia personalidad y la cantidad de honrra aquilatada en la dignificación de nuestro yo. Vivir es aprender, para ignorar menos; es amar, para vincularnos a una parte mayor de humanidad; es admirar, para compartir las excelencias de la naturaleza y de los hombres; es un esfuerzo por mejorarse; un incesante afán de elevación hacia ideales definidos. Muchos nacen; pocos viven. Los hombres mediocre son innumerables y vegetan moldeados por su rebaño, como cera fundida en el cuño social. Su moralidad exigua y su inteligencia acorchaada sujetanles a perpetua disciplina del pensar y de la conducta; su existencia es puramente negativa como unidades sociales. Sirven de cemento o calafateo para sostener a los que viven y piensan.

Nunca se eleva sobre el nivel de los prejuicios colectivos; el mediocre es áptero, no puede volar. Forma legión. Desgójase cada uno hasta acomodarse a la conducta común de la grey; está bien medicado cuando ningún rasgo permite individualizarlo. Al clasificar los caracteres humanos en sensitivos y activos, Ribot comprendió la necesidad de separar los mediocre, cuya característica es no tener ninguna «indiferente», viven sin que se advierta su existencia. Son productos adventicios del medio, de las circunstancias, de la educación que reciben, de las personas y las cosas que los rodean. La sociedad pirosa y quiere por ellos. No tienen voz, son un eco. No hay líneas definidas ni en su propia sombra: es una penumbra (pág. 40-43).

El instrumento de esa contaminación general es, en nuestra época, el sistema parlamentarismo: todas las formas de parlamentarismo. Antes presumiase que para gobernar se requiriera cierta ciencia y el arte de aplicarla; ahora se ha convenido que Gil Blas, Tartufo y Sancho, son los árbitros inaplicables de esa ciencia y de ese arte.

La política se degrada, convirtiéndose en profesión. Los espíritus subalternos florecen en los establos del sufragio universal. En la bajamar sube lo rahez y se acorchan los traficantes. Toda excelencia desaparece, eclipsada por la mediocridad. Se instaura una moral hostil a la firmeza y propicia al relajamiento. El Gobierno va a manos de gentualla abocada al presupues-